

**S. Freud, *El malestar en la cultura* (trad. esp. por R. Rey y L. López-Ballesteros, Alianza)**

1.

Las necesidades psíquicas a las que responden las religiones. Reducción psicoanalítica del «sentimiento oceánico» al que remite el amigo de Freud, Romain Rolland, para justificar su apego a la creencia religiosa: este sentimiento responde a una fase primitiva del sentido yoico, en la que el psiquismo reacciona ante el desamparo infantil, la nostalgia de protección y la angustia ante la omnipotencia del destino. La sabiduría ancestral de la mística, las técnicas para alcanzar estados de trance y el éxtasis intentan regresar a estados primordiales de la vida psíquica, con la expectativa de encontrar cierta paz y felicidad en ellos.

2.

El psiquismo humano responde ante las cargas que encuentra en la vida con diversos expedientes, fundamentalmente tres: distracciones, sustitutivos y narcóticos. Pues bien, la religión, de la misma manera que el arte, surte a la vida de satisfacciones sustitutivas, de ilusiones (Freud cita su escrito *El porvenir de una ilusión* como aportación al estudio de la cuestión). Aparte de su capacidad lenitiva, la religión tiene la ventaja de satisfacer nuestra vanidad antropocéntrica, al responder al interrogante sobre el sentido y finalidad de la vida.

Si la búsqueda de la felicidad permitiría localizar el destino de la mayor parte de las energías que invertimos a lo largo de la vida, debe reconocerse que muy pronto advertimos la inviabilidad de la imagen primigenia que nos hacemos de tal estado ideal, es decir, su irrealizabilidad. Conductas como el aislamiento voluntario, el intento de imponernos a la naturaleza por medio del poder que otorga la ciencia o la búsqueda de paraísos artificiales mediante la intoxicación química son reacciones mediante las que intentamos alejar al máximo de nosotros lo desagradable que trae consigo el mundo que nos rodea. Freud se detiene en tres operaciones que ejemplifican los cauces con los que la humanidad ha intentado dar curso a una satisfacción controlada de los instintos, a saber, recurriendo a su dominio, a su educación y consiguiente moderación y a su sublimación o satisfacción desplazada. Cada una de estas vías ha caracterizado a una época histórica y, sobre todo, a una concepción de la cultura. En virtud de esta cala un tanto fragmentaria en los diversos expedientes con que la humanidad ha intentado responder a la pregunta por la felicidad, cabe colegir lo siguiente:

«La felicidad, considerada en sentido limitado, cuya realización parece posible, es meramente un problema de la economía libidinal de cada individuo. Ninguna regla al respecto vale para todos; cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz. Su elección del camino a seguir será influida por los más diversos factores. Todo depende de la suma de satisfacción real que pueda esperar del mundo exterior y de la medida en que se incline a independizarse de éste; por fin, también de la fuerza que se atribuya a sí mismo para modificarlo según sus deseos. Ya aquí desempeña un papel determinante la constitución psíquica del individuo, aparte de las circunstancias exteriores. El ser humano predominantemente erótico antepondrá los vínculos afectivos que lo ligan a otras personas; el narcisista, inclinado a bastarse a sí mismo, buscará las satisfacciones esenciales en sus procesos psíquicos íntimos; el hombre de acción nunca abandonará un mundo exterior en el que pueda medir sus fuerzas. En el caso de quien se encuentre entre medias de estos tipos, la orientación de los intereses será determinada por la índole de su vocación y por la medida de las sublimaciones instintuales que estén a su alcance» (p. 81).

### 3.

*Genealogía de la hostilidad contra la cultura*: origen de la disconformidad con un acuerdo que no parece enteramente ventajoso para quien lo suscribe. La influencia del encuentro con pueblos y pueblos más en sintonía con el neolítico (la construcción de la imagen del buen salvaje) y el descubrimiento del mecanismo de la neurosis (rebelión del psiquismo ante un grado de frustración insoportable).

Ante la enorme carga subjetiva que acompaña a las valoraciones acerca de la cultura, Freud decide partir de una definición tradicional, con el fin de determinar dónde comienza el conflicto con el fondo pulsional humano:

«[N]os conformaremos con repetir que el término *cultura* designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí» (p. 88).

La cultura ha permitido, por un lado, a la humanidad defenderse de la naturaleza, introduciendo en la relación con ésta reglas de juego ligadas al orden, la belleza, la limpieza y la técnica. Es imposible no recordar en este contexto el mito de Prometeo. Los dioses mismos no son más que ideales culturales. Al amparo de los instrumentos para el dominio técnico de la naturaleza el hombre parece una suerte de «dios con prótesis» (p. 90).

Por otro, la cultura ha hecho posible la vida en comunidad, al poner las condiciones que permiten abandonar el estado en que todos están en guerra con todos:

«La vida humana en común solo se torna posible cuando llega a reunirse una mayoría más poderosa que cada uno de los individuos y que se mantenga unida frente a cualquiera de éstos. El poderío de tal comunidad se enfrenta entonces, como «Derecho», con el poderío del individuo, que se tacha de «fuerza bruta». Esta sustitución del poderío individual por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en que los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo aislado no reconocía semejantes restricciones. Así pues, el primer requisito cultural es

el de la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico, una vez establecido, ya no será violado a favor de un individuo, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho. El curso ulterior de la evolución cultural parece tender a que este derecho deje de expresar la voluntad de un pequeño grupo -casta, tribu, clase social-, que a su vez se enfrenta, como individualidad violentamente agresiva, con otras masas, quizá más numerosas. El resultado final ha de ser el establecimiento de un derecho al que todos –o por lo menos todos los individuos aptos para la vida en comunidad» hayan contribuido con el sacrificio de sus instintos, y que no deje a ninguno –una vez más: con la mencionada limitación- a merced de la fuerza bruta» (pp. 94-95).

Este pasaje podría compararse con la presentación roussoniana del contrato social (*El contrato social*, I, vi) en los términos de una fórmula que genera la libertad civil. Cada uno renuncia al uso libre de su fuerza debido a que el Estado comenzará a hacerse cargo de la integridad de su persona y de sus bienes. Solo la confianza en que esa libertad cedida se empleará en este sentido mantiene a los hombres apartados del descontento y la rebelión.

La renuncia a la libertad desmedida originaria parece el único camino abierto en caso de pretender seguir haciendo uso de la propia libertad, pero Freud insiste en que todas las motivaciones objetivas que puedan darse no son capaces de silenciar una silenciosa rebelión, rechazo de ese régimen de vida. Sin duda, contribuye a aceptar la cultura el ofrecer a los instintos salidas del tipo consumación y transformación en algo otro, sublimación y frustración, pero estos destinos de las pulsiones no lo pueden todo y debe prestarse atención a la complicada trama y al frágil mecanismo de compensaciones en que consiste la salud de la vida psíquica.

#### 4.

*Eros* y *Ananké* fueron los causantes de las sociedades primitivas: la estabilización de las experiencias de las que resulta el placer y la división de trabajo se encuentra en el origen de toda organización cultural. Pero la transacción que se produce entre el impulso amoroso, por definición egoísta y excluyente en el acceso al objeto de deseo, y la sociedad entra rápidamente en crisis:

«Tal divorcio entre amor y cultura parece, pues, inevitable; pero no es fácil distinguir al punto su motivo. Comienza por manifestarse como un conflicto entre la familia y la comunidad social más amplia a la cual pertenece el individuo. Ya hemos entrevisto que una de las principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo» (p. 102).

El conflicto no es fácilmente resoluble, puesto que amor y cultura en parte se necesitan mutuamente, pero también en parte se repelen, pues pertenecen a regímenes del deseo muy distintos. Puesto que la cultura conoce bien cuál es su origen libidinal, sabe muy bien que no puede negarle toda satisfacción a la búsqueda de satisfacción amorosa de sus asociados, de manera que negocia constantemente con esta pulsión, intentando convencer al sujeto de los beneficios que obtendrá si accede a ciertas renunciaciones. Pero la negociación

permanente que es viable con Eros quizá no resulte tan fácil con una pulsión que parece un resto incomprendible del primero. Nos referimos a la silenciosa pulsión de muerte.

## 5.

A pesar de los conflictos que puedan establecerse entre los fines del amor y de la cultura, su colaboración es factible, por muy crítica y frágil que ésta resulte. Pero no ocurre lo mismo con la inextinguible tendencia humana a la agresividad, en la que cabe reconocer algo así como una solución inextirpable de las descargas exigidas por la energía psíquica. El problema, pues, es el siguiente: ¿qué hacer con una pulsión que no sirve más que para amenazar y destruir el tejido social?

Freud critica con dureza lo que considera son los ensueños del proyecto comunista de comunidad de los medios de producción y abolición de la propiedad privada (p. 112), partiendo del supuesto de que ningún diseño de las condiciones objetivas y materiales de la vida será capaz de suprimir aquel «sedimento de todos los vínculos cariñosos y amorosos entre los hombres» (p. 113) que es la agresividad. Basta con remitir al fenómeno del «narcisismo de las pequeñas diferencias» para apreciar la potencia de este sentimiento, que introduce una suerte de descontento permanente no ya con el deseo, sino con el hecho de que no podamos existir sin desear a algo o a alguien. Es una pulsión fatigada, silenciosa, que brega por volver a casa. El intercambio de felicidad por seguridad en que consiste la cultura está más en peligro debido a su incompatibilidad con la libre expresión de la violencia que por la represión a que somete a la libido erótica.

## 6.

El párrafo se ocupa centralmente del descubrimiento de una libido primitiva que impregna al yo, que solo más tarde se escindiría en dos fuerzas distintas, que interaccionan en la vida psíquica: la pulsión de amor y la pulsión de muerte, generalmente amalgamadas en sus productos. La segunda pulsión es una mera conjetura (Freud remite a su escrito "Más allá del principio del placer" (1920)<sup>1</sup> como el lugar en que formuló esta necesidad hermenéutica de la metapsicología), que el analista considera necesaria para explicar ciertas conductas patológicas como la del sadismo:

«El término libido puede seguir aplicándose a las manifestaciones del Eros para discernirlas de la energía inherente al instinto de muerte. Cabe confesar que nos resulta mucho más difícil captar este último y que, en cierta manera, únicamente lo conjeturamos como una especie de

---

<sup>1</sup> En este escrito Freud había propuesto, en un tono hipotético, observaciones de envergadura acerca de un respecto de la pulsión que solo la pulsión de muerte es capaz de iluminar: «Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica».

residuo o remanente oculto tras el Eros, sustrayéndose a nuestra observación toda vez que no se manifieste en la amalgama con el mismo. En el sadismo, donde desvía a su manera y conveniencia el fin erótico, sin dejar de satisfacer por ello el impulso sexual, logramos el conocimiento más diáfano de su esencia y de su relación con el Eros. Pero aun donde aparece sin propósitos sexuales, aun en la más ciega furia destructiva, no se puede dejar de reconocer que la satisfacción se acompaña de extraordinario placer narcisista, pues ofrece al yo la realización de sus más arcaicos deseos de omnipotencia» (p. 121).

El instinto de agresión no es sino un descendiente de esta originaria pulsión de muerte, que amenaza a la sociedad como un poderoso y efectivo disolvente.

## 7.

Es motivo de asombro la dificultad que la humanidad encuentra para alcanzar un equilibrio entre las pulsiones, con sus combates continuos, y la influencia del mundo exterior. La cultura encuentra un eficaz aliado frente a los rendimientos destructivos de la agresividad en la formación del *sentimiento de culpabilidad*, mediante el que es el propio sujeto el que se mantiene alejado del cumplimiento de ciertos apetitos:

«La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de *super-yo* se opone a la parte restante, y asumiendo la función de «conciencia» [moral] despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el severo *super-yo* y el yo subordinado al mismo la calificamos de *sentimiento de culpabilidad*; se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada» (p. 124).

Es curioso que la suerte de competencia constante en que se mantienen Eros y la cultura se convierta en el caso de la peligrosa pulsión de muerte en la producción de un aliado, pues el sentimiento de culpa es un poderoso ayudante de la cultura, que solo si se refuerza innecesariamente conduce a la destrucción del sujeto. El miedo a no ser lo suficientemente fuerte para pagar el precio que los demás nos exigirán por la consumación de nuestros deseos, el «miedo a la pérdida del amor» (p. 125) ejerce una amenaza permanente sobre el sujeto en las primeras fases de su desarrollo, que precisamente para abandonar esa situación tan insostenible se entrega a ese repliegue del propio deseo que es la culpa e interioriza la autoridad. El sentimiento de culpa atraviesa en realidad dos fases distintas. En la primera, su origen remite al miedo a la *autoridad*, entendida como fuerza de individuos más poderosos, mientras que en la segunda es el temor al *super-yo* el que ya ha tomado forma. A juicio de Freud, mediante este proceder el sujeto solo intenta sobrevivir, no llegar a ser un sujeto moral ni civilizado, solo lucha por encontrar una economía libidinal que le permita salir del paso, si bien la solución considerada como tal puede traer de la mano peligros mayores que aquellos que vino a resolver:

«[E]l individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante –pérdida de amor y castigo por la autoridad exterior- por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad» (p. 129).

Con vistas a intentar reconciliarse con el mundo, haciéndose al menos un lugar en él, el sujeto prefiere entrar en crisis permanente él mismo: se refugia en su interior, pero sin esperanzas de encontrar en este ámbito más que motivos para la angustia y la autoinculpación. El complejo de Edipo imita y reproduce ontogenéticamente el proceso que filogenéticamente encontramos expuesto en *Tótem y tabú*, con ocasión de la muerte del protopadre a manos de la alianza fraterna. ¿Qué solución aporta la culpa? Por de pronto, la salida de un estado de ambivalencia en el que no se puede permanecer mucho tiempo. No es de extrañar que la cultura necesite exaltar ese sentimiento de culpabilidad, pues le permite introducir cierto orden en la guerra civil entre pulsiones.

## 8.

Carece de sentido plantear qué es la cultura desde el supuesto de que hemos nacido para ingresar en ella o de que perfecciona nuestra naturaleza. Sería absurdo presuponer «que el *yo* goza de ilimitada autoridad sobre su *ello*» (p. 148). Por el contrario, nuestra naturaleza libidinal solo se avendrá a pactos culturales y sociales bajo los efectos de la seducción o de la constricción. El proceso cultural tiene mucho de modificación de un proceso vital, puesto en marcha por *Eros* y *Ananké*, y se enfrenta a las mismas dificultades que encuentra la libido cuando debe distribuirse entre el *yo* y los objetos. La cultura es resultado del conflicto entre las pulsiones que dirigen todo en la vida psíquica, pero al mismo tiempo interviene activamente sobre ese conflicto, dotando al sujeto de instrumentos para construirse una nueva identidad, de manera que no todo lo pueda esa *stásis* o guerra civil constante en que se encuentra en su origen el ánimo. La identidad que proporciona la cultura no remite a ningún pasado, sino más bien a un futuro, pues siempre está por hacer, identidad que solo una mirada miope dejaría en manos de la instancia, tan brutal como necia, denominada *super-yo*. De ahí que el *super-yo* cultural deba comprometerse a someterse a un proceso de Ilustración, que elimine de él todas las adherencias sádicas y tiránicas que proceden más del *ello* que de un orden que quepa denominar legítimamente razón. El *super-yo* conserva rasgos potentes del modo en que mandan y ordenan las pulsiones. El psicoanálisis ayuda al sujeto a escuchar y seguir mandatos que procedan de una razón que ha aprendido a distinguir claramente la fuerza de las pulsiones de la fuerza de las razones. El saldo que arroja ese aprendizaje plantea la absoluta necesidad de respetar el espacio mínimo de acción e influencia del *ello*, pues, si bien luchamos por separarnos y distinguirnos de ese fondo oscuro de nuestra vida psíquica, es indudable que la libido es el único origen de la humanidad del hombre que tenemos derecho a suponer. Somos un deseo que ha debido transfigurarse a sí mismo para sobrevivir, que ha encontrado los cauces para fundar una ética, con su consiguiente sometimiento a la ley, precisamente para seguir existiendo. La historia del sujeto es la de un deseo que se descubre inteligente con ocasión del

trato con la exterioridad y del hecho de verse transformado por influencias externas. No seríamos lo que somos –o lo que creemos ser- sin esa salida a la exterioridad, sin la cual la única experiencia que quedaría disponible sería la muerte, la quietud y la paz de los cementerios de todo lo inorgánico. Mientras dure la vida, con su necesaria preparación de la muerte, lo que hay serán los ajustes del deseo para establecer sus *límites*, es decir, el pesado trabajo que conduce a descubrir en la *finitud* –en la renuncia a la omnipotencia con que sueña todo narcisismo- el único régimen de sentido compatible con la pervivencia del deseo y el placer.